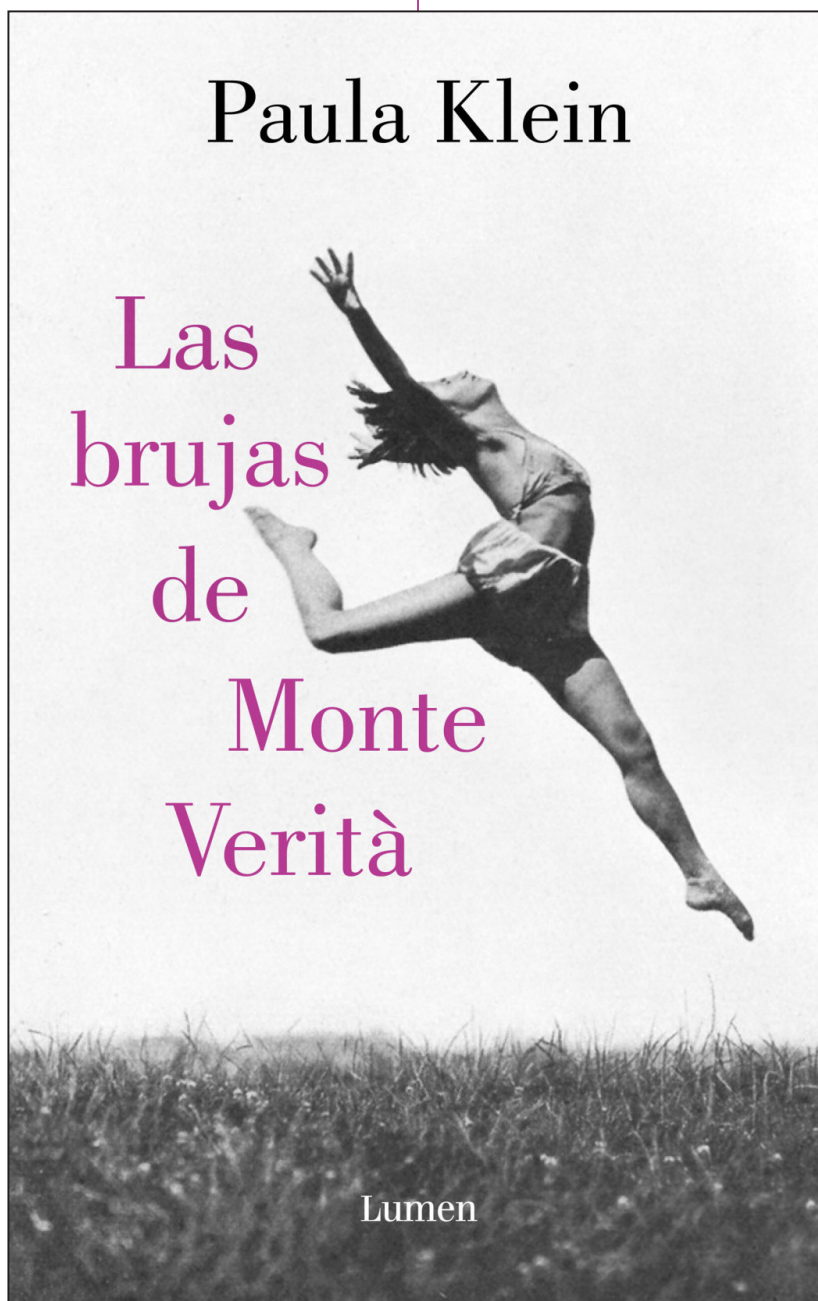




Guía de lectura



Penguin Club de lectura

SINOPSIS

Verónica es una profesora argentina radicada en París que está profesionalmente estancada y acaba de tener un hijo. El amor incondicional que siente por él no alcanza para borrar la sensación de que ser madre ha quebrado su libertad. En medio de esta crisis, decide indagar en un tema sobre el que piensa escribir un libro: las vidas de unas mujeres que la interpelan. Ellas formaron parte de un suceso real poco conocido: la creación de una comunidad naturista a inicios del siglo xx en Suiza que promovió movimientos tan vigentes hoy como el feminismo, la libertad sexual, el poliamor o el antibelicismo. Ellas también buscaron una utopía, fueron hippies antes del

68, se dedicaron al arte, a la danza y a la literatura. Fueron las brujas de Monte Verità. Para avanzar con su investigación y alejarse de casa, Verónica emprende un viaje con dos amigas a las montañas de Ascona. Allí, una serie de descubrimientos la llevan a replantearse su propio camino.

Combinando la ficción y el ensayo, *Las brujas de Monte Verità* imbrica las historias de unas mujeres que, separadas en tiempos y geografías, persiguen un mismo ideal y reflexionan acerca de las trampas del amor y la maternidad. Una novela apasionante sobre atreverse a ser libre y sobre cómo el pasado puede mostrar la forma de lograrlo en el presente.

LA OBRA

Las brujas de Monte Verità, que sigue la línea literaria e inspiradora de obras como *Gozo* o *La ridícula idea de no volver a verte*, supone el salto de Paula Klein al primer plano de la nueva generación de autoras latinoamericanas que está concentrando el elogio de la crítica cultural en los últimos años. Se trata de una nueva y poderosa voz con un planteamiento literario muy original: un texto apasionante entre la novela y el ensayo, capaz de reunir lo mejor de ambos géneros para contar cómo lo íntimo se enreda con lo social, cómo el presente depende del pasado, pero no únicamente del propio, sino del que construyeron con mayor o menor fortuna nuestros antecesores. Nuestras antecesoras, en este caso.

Paula Klein asume una postura feminista que lleva unos años en alza y en la que todavía queda, sin embargo, mucho

por hacer: la recuperación de las mujeres olvidadas, esas grandes figuras cuyas vidas diferían esencialmente de las de sus colegas varones, porque sus ataduras eran otras y, casi siempre, mucho más profundas. En *Las brujas de Monte Verità*, Verónica, la protagonista, se vuelve hacia aquellas mujeres liberadas porque no sabe cómo lidiar con su matrimonio rutinario, con su cansada maternidad, sus aspiraciones frustradas y una pulsión de libertad que la empuja a querer minar los cimientos sobre los que ha erigido su propia vida. Esto es algo que hoy les sigue haciendo falta a las mujeres: modelos femeninos con los que poder identificarse, que puedan servir de guía en medio de una realidad compartida. Por eso, su gesto es tan importante: es una piedra más en la construcción de la memoria colectiva femenina que necesitamos.

Además de su dimensión de rectificación histórica, pues la comuna de Monte Verità siempre se ha contado desde la perspectiva de los hombres, la obra entronca con una serie de cuestiones actualmente en auge. Por un lado, la preocupación por una vuelta a la naturaleza, que se intensificó a raíz del confinamiento pandémico y se vuelve una opción cada vez más atractiva ante la imparable inhabitabilidad de las grandes ciudades y el cambio climático. Por otra, el deseo de una vida más comunitaria que, parte del mismo problema, surge como reacción a la fragmentación e individualización de la vida cotidiana. Igualmente, temas tan contemporáneos como el poliamor o el veganismo atraviesan la obra desde una actitud indagatoria.

En última instancia, una de las reflexiones que aborda *Las brujas de Monte Verità* es la búsqueda de respuesta a una pregunta fatídica: ¿toda utopía está destinada a fracasar? Probablemente, pero no por eso vamos a dejar de intentar, opinarían los monteвеританос. Si, al principio, Verónica solo lograba ver las fisuras que predecían el fracaso de la utopía de Monte Verità, el viaje a Ascona le hace replantearse ese supuesto. Durante esos días, el espíritu del lugar y las voces del pasado de las fundadoras la ayudan a reflexionar sobre su crisis profesional y de pareja, y a considerar desde otra óptica las utopías paralelas que le han presentado su pareja Adrien y su amiga Lucía.

LA PARTE HISTÓRICA

Monte Verità fue una comunidad protohippie fundada a inicios del 1900 en las orillas del lago Mayor, en Ascona, un cantón de la suiza italiana. Empezó como un sanatorio naturista y, con el paso de los años, se transformó en una escuela de danza y de artes de vida. Justo antes del final, fue también un hotel de lujo administrado por un banquero y coleccionista de arte alemán oscuramente emparentado con el nazismo (Eduard von der Heydt). Hoy en día, gracias al esfuerzo de Harald Szeemann —un conocido historiador y crítico de arte apasionado por las utopías—, el lugar se ha transformado en una Fundación y en un museo. De la época de los montevertitanos, se conserva una parte del lugar en el que funcionaba el sanatorio. Ese edificio central fue ampliado y renovado muchas veces, hasta convertirse en un hotel estilo Bauhaus que hoy en día sirve también de

sede de encuentros artísticos e intelectuales. Se pueden visitar todavía las cabañas «de aire y luz», en las que los pacientes hacían sus curas, o la Casa Anatta, que fue transformada en museo.

La comunidad fue fundada por un puñado de jóvenes que buscaban escapar de la vida en las ciudades y muy rápido se volvió un foco de experimentación de modos de vida alternativos que más tarde inspiraron a los hippies de la costa oeste americana. Los fundadores seguían los preceptos de la «reforma de la vida» alemana. Rechazaban el capitalismo y aspiraban a volver a una vida más real, en contacto con la naturaleza. Defendían el trabajo al aire libre, los baños de sol y el nudismo, pero también el veganismo, el consumo de drogas y la liberación sexual en un combo que incluía el poliamor, las parejas abiertas y las terapias orgiásticas. Además, fueron ecologistas *avant la lettre*.

No tan alejados de nosotros, los monteritanos querían huir del frenesí de consumo, las crisis financieras y las guerras. Ya en el 1900, temían los riesgos de las publicidades que prometían una felicidad consumible y desconfiaban del desarrollo demasiado abrupto de las comunicaciones —el telégrafo o los cables transatlánticos, por ejemplo— que expandían las fronteras del mundo, pero alienaban a las personas.

Los seis jóvenes que prendieron la mecha del proyecto fueron Ida y Jenny Hofmann, Henri Oedenkoven, los hermanos Karl y Gusto Gräser y Lotte Hattemer. Ida era una pianista austrohúngara y escritora de panfletos feministas. Tenía treinta y seis años en 1900 y estaba en pareja libre con Henri Oedenkoven, nueve años menor. Henri procedía de una familia adinerada y fue quien aportó los ciento cuarenta mil francos necesarios para comprar la propiedad. Estaban también los hermanos Karl y Gusto Gräser, educados en un ambiente más modesto, pero igualmente hartos de la locura de las ciudades. Karl era un exoficial de la armada imperial; Gusto, un pintor, poeta y profeta nómada. Las otras dos mujeres eran Jenny, la hermana menor de Ida, en unión libre con Karl Gräser, y Charlotte o Lotte Hattemer, que encendía fogatas para purificar el mundo y cuidaba de los niños y los enfermos. Bellas y con graves desequilibrios psicológicos, estas dos tuvieron un final trágico.

A partir de 1905, Monte Verità abre sus puertas como un sanatorio naturista y un restaurante vegano. Muy rápido, son víctimas de su éxito y tienen que ampliar el espacio para poder recibir a

más pacientes y pensionarios. Muchos de los grandes nombres de la vida intelectual y artística de Schwabing, el cuartel intelectual del Múnich de la época, pasaron una estadía ahí. Entre muchos otros, los psicoanalistas Carl Gustav Jung y Otto Gross, los sociólogos Max y Marianne Weber, escritores como Hermann Hesse, D. H. Lawrence, Franziska zu Reventlow o Hugo Ball, poetas y anarquistas como Erich Mühsam, Rainer Maria Rilke o Ernst Bloch. Hesse, por ejemplo, acudió al lugar esperando curarse de su adicción al alcohol. Allí conoció al poeta nómada Gusto Gräser, y después de pasar unas semanas con él en una gruta, logró curarse. El personaje de Gusto le sirvió de inspiración para obras como *Demian* o *Siddahrta*. El psicoanalista Otto Gross, brillante discípulo de Freud y de Jung, fue allí también intentando curarse de la dependencia a las drogas. El clima de libertad sexual lo llevó, más que a disminuir su consumo, a promover el *microdosing*, las terapias orgiásticas y el sexo con pacientes.

A pesar de que la comunidad quería ser un lugar de libertad total, muchas de las teorías que se ponían en práctica se oponían y creaban conflictos. Por ejemplo, el ideal de imponer un matriarcado chocaba con la misoginia de los discursos anarquistas y libertarios que se oponían a la emancipación de la mujer. Recordemos que recién en el último cuarto del siglo XIX surgen las primeras asociaciones feministas. Fueron esas luchas, que iban desde el derecho al voto y al trabajo hasta la supresión del corsé, las que marcaron a Ida y a muchas otras intelectuales de la época.

MUJERES PELIGROSAS: LAS BRUJAS

En 1913, el bailarín y coreógrafo Rudolf von Laban llega a Monte Verità con la intención de crear una escuela de danza y de artes de vida. Allí conoce a personajes mayores de la danza moderna como Suzanne Perrottet, Sophie Taeuber o Mary Wigman. Es esta última discípula la que, contra todos los que le aseguraban que era imposible iniciar una carrera de bailarina a los veintinueve años, desarrolla las bases de sus bailes solistas. Su baile está muy influenciado por figuras sobrenaturales como la bruja, el demonio o la médium. En sus escritos, Wigman se pregunta si no hay en cada mujer un germen de bruja listo a materializarse.

Precisamente a partir de la idea de que las mujeres que no se plegaban a las normas patriarcales eran peligrosas, y por la gran trascendencia que tuvo el «Baile de la bruja» (Hexentanz) que Wigman creó en Ascona en 1914, la novela conecta

con las brujas. Ese baile que compuso en 1914 y en el que usaba una máscara que reproducía sus rasgos bajo un tinte demoníaco escandalizó al público y es considerado hoy en día una pieza clave de la danza moderna. Más que de brujas en un sentido clásico se trata de mujeres que provocan miedo porque hacen cosas: escriben, componen, bailan, son mecenas, tienen sexo libremente, salen a trabajar, discuten, se oponen a tener hijos para preservar su tiempo y su capacidad de trabajo. La gente del lugar veía a la troupe de Von Laban bailando desnuda al ritmo de tambores y en torno a hogueras y los llamaba *balabiotts*: los locos que andan desnudos bajo la luz de la luna. Muchos debían creer que Lotte Hattemer tenía algo de bruja. Ella vivía en una cabaña a orillas del lago, alejada de todo y tenía la costumbre de prender fogatas para purificar el mundo.

DIFERENTES PERSPECTIVAS SOBRE MONTE VERITÀ: CINE Y LITERATURA

La comuna de Monte Verità también ha aparecido en distintas películas y documentales durante los últimos años. Los más recientes son:

Monte Verità (2021), una ficción sobre el lugar dirigida por Stefan Jäger. Trata sobre una mujer que escapa de su casa y de su marido violento. En la colonia vive su pasión por la fotografía y tiene una aventura con su psicoanalista, Otto Gross.

Freak-out de Karl Javer (2014), una docuficción con montaje de archivos, testimonios, entrevistas y actores que dan vida a los personajes del 1900. Las partes históricas están filmadas en estilo de manga japonés y la historia de la

comunidad se cuenta desde el punto de vista de Ida.

Monte Verità (1997), un documental de Henry Colomer que estudia las raíces del movimiento de la «reforma de la vida» en la historia alemana y analiza su establecimiento en 1900 en Monte Verità. El director elige hacer el retrato de cuatro profetas hombres: el psicoanalista Otto Gross, el coreógrafo Rudolf von Laban, el poeta nómada Gusto Gräser y el poeta anarquista Erich Mühsam. Este documental puede conectarse con la novela de Paula Klein, ya que la autora propone algo similar pero con los retratos femeninos de Ida Hofmann, Mary Wigman y Lotte Hattemer.

EXTRACTOS

Monte Verità fue el nombre que un puñado de jóvenes burgueses partidarios del vegetarianismo, el nudismo y el amor libre le dieron a su utopía. Al comienzo eran solo seis. Tres hombres y tres mujeres que defendían el trabajo al aire libre y los baños de sol, que pregonaban una filosofía de vuelta a la naturaleza y a un matriarcado primitivo. Sus nombres eran Ida y Jenny Hofmann, Henri Oedenkoven, los hermanos Karl y Gusto Gräser, y Lotte Hattemer. Su llegada a Ascona no debió haber pasado desapercibida. Algunos los llamaban *balabiotts* en dialecto ticinés: los «hombres desnudos» o «los que bailan desnudos bajo la luz de la luna». Aunque los lugareños eran bastante conservadores, terminaron aceptando su presencia.

Eran bichos raros, pero inofensivos. De a poco, se acostumbraron a verlos vagar por las montañas descalzos o con simples sandalias de cuero. Los hombres se dejaban crecer el pelo y la barba. Cuando se cruzaban en el mercado, las cómodas «vestimentas reformadas» de lino que ellos mismos confeccionaban debían llamar la atención. Envidiosas, las mujeres encorsetadas los miraban de reojo. Tal vez algunos niños los siguieran por las colinas para regalarles flores silvestres o hacerles bromas. Se contaba que los más pequeños tenían la costumbre de arrodillarse frente a uno de ellos. Un hombre de túnica y pelo largo que se hacía llamar Gusto y que les parecía una encarnación de Cristo. (Páginas 24-25)

Mientras pensaba en la pareja de Ida y Henri, Verónica se preguntaba por las razones que conducían a dos personas al matrimonio. ¿Por qué, además de las posibles ventajas del orden familiar burgués o la promesa de una vida sentimental sin exabruptos, elegir a una única persona para compartir la vida? El cuadro que componían los juguetes de la bestia desperdigados sobre la alfombra no la ayudaba a resolver la cuestión. ¿En qué momento y, sobre todo, en qué condiciones mentales dos personas decidían sacrificar el espectro de los posibles amos y apostar todo a una única ficha? Seguramente muchos lo hicieron bajo el efecto narcótico del enamoramiento o en un raptó de optimismo. Otros lo harían para ponerle una pincelada emotiva a sus vidas rutinarias y poder pasar a cuestiones más trascendentes. (Páginas 43-44)

En el caso de Verónica, la larga conversación con Adrien había empezado más bien como un diálogo de sordos. Al principio, nada los unía más que la incompreensión. ¡Qué placer cuando, después de muchos esfuerzos de dicción lenta, lograban entender la idea detrás de una frase enigmática! «¿Tiene un hermano? No: quiere ir al cine». La magia de las palabras desconocidas. Obligarse a hacer frases cortas, articular y repetir una y otra vez. Sellar el pacto: nunca hacer trampa, no caer en la facilidad del inglés como idioma neutro. No necesitaban ser interesantes, mucho menos formular frases inteligentes. Esas lagunas lingüísticas llenaban los huecos de sus respectivas personalidades. ¿Qué estaría pensando? Seguramente no en lo que iban a comer esa

noche. Alguien que hablaba un idioma tan hermoso debía forzosamente pensar cosas bellas. En ese momento no se decía que el francés era, solo en Francia, la lengua de sesenta y siete millones de personas, y que no todas podían pensar cosas bellas. Sobre todo, le parecía que Adrien tenía la sonrisa más querible del mundo, y eso endulzaba sus incongruencias. (Página 45)

Retomando la metáfora de Lucía, la foto con la que Adrien quería empapelar la casa tenía un inquietante estilo familia Ingalls. Esa propuesta la angustiaba, pero no lograba explicar cabalmente por qué. Incluso el esfuerzo virtuoso de integrarse en la colectividad del ecopueblo la paralizaba. Por algún motivo, en los últimos días pensaba cada vez más en el proyecto de Lucía. «Las verdaderas mujeres del campo tienen personal doméstico y no comparten la cama», le había dicho con malicia su amiga cuando le habló del nuevo plan de Adrien. (Página 59)

Lo que más la preocupa es que Adrien no es de hacer las cosas a medias. Es capaz de enamorarse o, incluso peor, de confesarle una infidelidad y obligarla a tomar una decisión. El deseo es una tormenta que todo lo puede. Comparados con los fuegos artificiales de un nuevo amor, Adrien y ella son dos luciérnagas titilando en medio de la oscuridad. Irradian una luz tenue que no alcanza para iluminar el camino, pero que tiene el mérito de ser constante. Trata de recordar los primeros tiempos de su relación. La atracción armó un nido, y el huevo amoroso creció arrullado por el gorjeo de la razón. Es un

amor de raíces que entran profundo en la tierra y engendran parejas maduras y equilibradas. La bestia es el capullo que demuestra que la plantita se porta bien. Está bien regada y debería poder resistir a las heladas del invierno. Lucía le dijo una vez que enamorarse era como prenderle fuego a la casa y acuartelarse adentro: de esa no se sale con vida. Y los que lo logran tienen que aprender a vivir con el cuerpo marcado por las cicatrices. Verónica no sería capaz de encender el fuego. Lo de ella sería más bien un dejar las puertas y ventanas abiertas, un exponer su ruina a la intemperie. Dejar que el viento y la lluvia deslaven el pasado y este quede como un tecito aguachento o como una madeja de lana lista a deshacerse. (Páginas 153-154)

¿Saca algo en claro del viaje? ¿Podrá dejar la fundación con el sentimiento que tenían los antiguos pensionarios? ¿Se siente regenerada y lista para asumir la

vuelta al loquero que se llama mundo? El concepto de «cura» no cuaja con su estadía. No se privaron de carne ni de alcohol, ni se sometieron a la rudeza del trabajo físico. En el plano personal, no tuvo siquiera la lucidez de extraviarse durante unas horas en una vuelta drogada a la naturaleza. El secreto de los simpáticos viejitos suicidas probablemente siga siendo una incógnita. No tuvo sexo extraconyugal ni colaboró en la búsqueda de Laura. Considerado desde un ángulo pragmático, el viaje es una declinación más de su irresistible atracción por el fracaso. Okey, no sacó nada en claro, pero al menos se permitió hablar de sus penas y acompañarlas de buena comida y litros de cerveza. Quizás esa sea su versión banal y profana del mejor de los mundos posibles, se dice con una sonrisa benevolente. Pero, aunque le cueste ponerlo en palabras, intuye que hubo algo más. ¿Se puede volver a casa siendo otra? (Páginas 220-221)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Conocíais la comuna de Monte Verità? ¿Qué relación creéis que tiene la utopía que llevaron a cabo los monteвеританос con otras utopías de nuestro siglo? ¿Cuál de sus ideales pensáis que tiene más vigencia hoy? ¿Consideráis que la suya fue una utopía fracasada? ¿Por qué?
2. ¿Por qué creéis que Verónica decide investigar sobre la comuna de Monte Verità y sus fundadoras? ¿Qué pensáis que le resuena de esa historia con su momento vital?
3. *Las brujas de Monte Verità* reflexiona en torno a una pregunta fatídica: ¿toda utopía está destinada a fracasar? Seguramente, pero no por eso vamos a dejar de intentar, dirían los monteвеританос. ¿Cuál es vuestra opinión al respecto?
4. ¿Qué os ha parecido la combinación de ensayo y ficción en esta novela? ¿Las dos partes sirven al desarrollo de la trama? ¿Conocéis otras novelas que mezclen de forma armónica estos elementos?
5. ¿Por qué Verónica llama a su hijo «la bestia»? ¿Evoluciona esa relación a lo largo de la novela? ¿Qué creéis que nos dice *Las brujas de Monte Verità* sobre la maternidad?
6. A Verónica se le plantean dos caminos, dos utopías posibles, entre las que elegir. ¿Qué ventajas y desventajas tiene cada una de ellas?
7. ¿Qué destacaríais de la forma de narrar de la autora?

8. ¿Creéis que podemos encontrar inspiración en el pasado para hallar nuestro propio camino? ¿Qué reflexiones creéis que extrae Verónica de su viaje a Ascona?
9. ¿Os ha recordado a algún otro libro que hayáis leído o película que hayáis visto? ¿Qué otras obras conocéis que recuperen figuras femeninas olvidadas?
10. Si tuvierais que definir *Las brujas de Monte Verità* con una sola frase, ¿cuál sería?

LA AUTORA



PAULA KLEIN (Buenos Aires, 1986) es doctora en literatura comparada, licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires y máster de la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Reside en París y ha enseñado literatura latinoamericana y comparada en distintas universidades de Francia. Desde el año 2022, es profesora titular de la Université Clermont Auvergne. Sus investigaciones se centran en la literatura docu-

mental y los vínculos entre ficción y no ficción en la narrativa latinoamericana contemporánea. Su primera novela, *La luz de una estrella muerta*, fue publicada en 2021. El mismo año, Classiques Garnier editó su ensayo *Petites mémoires et écriture du quotidien. Cortázar, Perec et leurs échos contemporains* (Premio a la edición PSL-Translitterae). Su segunda novela es *Las brujas de Monte Verità* (Lumen, 2023).

DECLARACIONES DE LA AUTORA

«Al escribir la parte histórica quise darle la voz a las mujeres de Monte Verità, sobre todo a Ida Hofmann y a Mary Wigman, pero también a otras como la baronesa y mecenas Antoinette de Saint-Léger (que vivió en las Islas Brissago y apoyó a los monteritanos y a muchos artistas de la época), a Lou Andreas-Salomé o a Franziska de Reventlow (intelectuales de la época que se planteaban la emancipación de las mujeres o la relación con la maternidad y el erotismo). Otras figuras como Lotte Hattemer o la pintora Sophie Benz son también importantes porque sus suicidios (en los que intervino Otto Gross) testimonian las condiciones de vida terribles de las mujeres que no tenían familia ni patrimonio. Todos fueron cobayos de las teorías que se experimentaron en Monte Verità. Pero las mujeres fueron las que más sufrieron. Algunas terminaron con problemas psicológicos muy graves que las llevaron, en los peores casos, al suicidio. Otros personajes como Elisabeth Dörr (la mujer de Gusto Gräser que le inspira a Hermann Hesse el personaje de Frau Eva en Demian) o Hetty Rogantini-de Beauclair (abuela de Laura en la ficción e hija de miembros de la comunidad que falleció hace poco) muestran también la situación que vivieron los niños y sus madres frente a la gran precariedad material e institucional de la comunidad. Por ejemplo, Hetty contaba en entrevistas que la falta de comida adecuada hizo que de niña casi perdiera la vista o que se desmayara muy seguido en el colegio.

De manera más general, es una realidad que las mujeres fueron las que pagaron el precio más alto por defender su libertad y sus ideales. En ese sentido, me parecía llamativo que en la mayoría de estudios sobre el lugar se habla de los hombres visionarios o profetas. Casi siempre los nombres que se destacan son los del psicoanalista Otto Gross, el coreógrafo Rudolf von Laban, el poeta nómada Gusto Gräser o el poeta anarquista Erich Mühsam. Por mi parte agregaría a Henri Oedenkoven que, aunque no fue un profeta, sí tuvo bastante de visionario. Mientras más leía, más me molestaba lo poco que se hablaba de las mujeres de la comunidad. Incluso de Ida Hofmann que escribió y cuyos escritos son accesibles o de Mary Wigman, que es un personaje mayor, pero pareciera que su figura queda eclipsada por Laban. Cuando se habla de ellas, se señala su rol como algo más bien secundario. Suelen ser las que inspiran a los hombres o las víctimas de la comunidad. Me pareció que estaba bueno revisar eso. Hubo muchas víctimas, pero también hubo visionarias y creadoras que tuvieron vidas largas y llenas de logros.

Otra cosa que me gustaba era pensar cómo esa utopía del pasado conectaba con los infinitos proyectos de vuelta a la naturaleza que surgen hoy en día y que se intensificaron, me parece, con la pandemia. Lo del ecopueblo en Ariège, por ejemplo, está inspirado del planteo que le hizo su pareja a una amiga en ese momento raro del final de la pandemia. Fue mi amiga la que me dio los detalles del colectivo.

Algunas circunstancias que se cuentan en la novela como la estadía en la Fundación o el paso por los archivos de Bellinzona fueron parte de la investigación que hice para el libro».

